

POR LOS CAMINOS DEL REINO
COMUNITARIEDAD

FICHA: FAMILIA DE DIOS

ANEXO I

SÉPTIMO FRAGMENTO DEL DIARIO DE JUDIT

Betsaida, día 7 de Jeshván

Hoy me he peleado con Andrés. Hacía tiempo que tenía la impresión de que aprovechaba cualquier ocasión para meterse conmigo. En cuanto puede, me encarga tareas que él considera que yo, como mujer, debo realizar al servicio suyo o de cualquier varón presente: que le traiga agua, que limpie, que les sirva, en definitiva, y, cuando yo le digo que él también tiene manos, hace comentarios despectivos hacia estas mujeres que se creen algo sólo porque Jesús les hace caso.

Me da lata porque, al principio, Andrés me caía bien. En el viaje, incluso, fue de los que mejor me acogió y habíamos hablado bastante. Me contó muchas cosas de su vida, sobre su familia, su trabajo, lo que le había supuesto conocer a Jesús. Yo también le confié mis miedos y mis inseguridades, los problemas en mi casa, el entusiasmo por Jesús y el Reino que anuncia, las dudas, la ilusión...

No sé qué pasó después, pero nos fuimos distanciando. Yo empecé a pasar más tiempo con otros del grupo: con Sara, con Susana, con María (nos hemos hecho muy amigas), con Juan, como siempre, y también con Felipe, que es de Betsaida y me ha adoptado un poco. Y lo que antes eran bromas entre amigos se fue convirtiendo en una actitud muy poco simpática para mí. Normalmente no le hago caso, pero parece que eso no hace que se calle, sino que cada vez se iba poniendo más molesto.

Hoy estallé. Estábamos en un grupo junto con Juan, Susana y María y yo les estaba contando una discusión que he tenido con mi prometido. Él se ha enterado de que estoy interesada por Jesús de Nazaret y ha intentado, en tono paternalista, explicarme que Jesús es un charlatán y que sólo puede disculpar mi "inclinación" teniendo en cuenta mi ignorancia y mi poca edad. Yo no he querido enfrentarme directamente a él, porque no quiero disgustar a mi padre, aunque sé que es un enfrentamiento que tendrá lugar tarde o temprano. De momento, Joel no sabe lo vinculada que estoy al grupo de Jesús, y por supuesto no sabe que he viajado con el grupo. No se lo voy a ocultar eternamente, y no

voy a casarme con él si él no me permite continuar con Jesús. Pero aún no sé cómo enfrentar ese tema, así que lo voy postergando.

Pero una cosa era contar toda la verdad y otra engañar y negar a Jesús, así que opuse una resistencia moderada y le hice ver que era poco previsible que cambiara de opinión. Que conocía bastante a Jesús y que no era ningún charlatán. Que hablaba con autoridad, con una autoridad profunda que nacía de su experiencia de Dios, que era un profeta, el profeta que necesitábamos, que yo creía que podía ser el Mesías de Dios.

Joel ya sabe que yo no soy una mujer dócil que acepte su palabra como palabra de Dios, pero, aún así, creo que más que mis opiniones le molestó que le contradijera tan abiertamente. Dijo que no quería hablar más del asunto y me sermoneó sobre la necesidad de que controlara mi inteligencia y mi lengua, guardando el decoro propio de mi condición femenina. Que esperaba que recapacitara y asumiera que debía someter mi intelecto al suyo, que al fin y al cabo iba a ser mi marido. Incluso insinuó que, si continuaba con esa actitud, no era digna de ser su mujer.

Reprimí la respuesta airada que me subía a los labios pensando en mi padre y obedecí quedándome callada, con una mezcla de esperanza y temor en que haga realidad su amenaza y decida anular el compromiso. No quiero pensar lo que supondría para mi padre y me asusta lo que puede pasar después, pero hay una parte de mí que sólo desea que me deje libre.

La cuestión es que estaba contando a los del grupo la reacción de Joel cuando Andrés, casi sin dejarme terminar, empezó a hacer comentarios despectivos y de apoyo a mi prometido. “Es que bastante paciencia te tiene. Es que una cosa es que Jesús te permita hablar y otra es que pienses que todos los hombres deben tratarte como si fueras un hombre. Una cosa es aquí, en el grupo, pero un matrimonio es una cosa muy seria, y no puede funcionar si las mujeres os empeñáis en hacer de hombres”...

Supongo que había aguantado demasiado con Joel y no estaba dispuesta a aguantar el mismo sermón a una persona que se supone que, como yo, sigue a Jesús y busca el Reino de Dios. “¿Me quieres decir qué te pasa conmigo? ¡Me tienes hasta las narices! Nada de lo que digo o hago te parece bien. ¿Crees que estoy aquí para servirte? Yo soy la que no sé cómo Jesús te soporta, te crees el centro de todo, la autoridad máxima...”

En fin, que nos enzarzamos en una discusión bastante agria. Los demás intentaron mediar, pero ya estábamos demasiado enfadados y nos mandamos mutuamente a cualquier parte. Yo me quedé enfadada, disgustada y me sentí tremendamente sola. Bastante tengo con la situación complicada con mi familia y con Joel, bastante difícil se me hace seguir a Jesús, como para que ni siquiera los del grupo me apoyen.

Me aparté del grupo sintiéndome desgraciada y preguntándome si, en el fondo, todos tendrán razón y yo estoy empeñándome en una quimera que no tiene ningún futuro, y desgraciándome la vida... Si mi prometido me repudia y mi padre también, no sé cómo puedo sobrevivir... En algún momento me imaginé como Sara, teniendo que prostituirme para vivir... Y me dolía profundamente la reacción de Andrés, ¿cómo puede pensar eso de mí, con todo lo que hemos hablado, todo lo que le he contado, todo lo que creía que me entendía?...

Cuando la rabia fue cediendo me fui quedando triste y se me escaparon las lágrimas. En el fondo, a Andrés le quiero. En realidad quiero a todos los del grupo. Hemos ido trabando una relación tan estrecha que su opinión no me puede dejar indiferente. Sé que hay muchos hombres que rechazan mi forma de ser, pero no me importa, incluso mis hermanos me dicen cosas bastante más despectivas que las de Andrés, pero no me importa tanto. El grupo, y Andrés en él, se han ido convirtiendo en una referencia, en un soporte para mí. Siento una vinculación con ellos que es incluso mayor que la de la sangre, y por eso me siento tan vulnerable ante ellos...

Sara fue a buscarme poco después. Le habían contado la discusión y venía a decirme que todos salían hacia el muelle, donde se había congregado un grupo de gente para hablar con Jesús, pero, sobre todo, a ver cómo estaba y a consolarme. Hablamos un rato largo. Sara claro que comprendía mis temores y mi reacción con Joel y entendió lo mal que me había sentado la intervención de Andrés, pero, una vez que fue bajando mi enojo, intentó hacerme ver otro punto de vista. Dijo que tal vez Andrés está tan picajoso conmigo porque me echa de menos, últimamente no le he hecho mucho caso. Parece que también está teniendo algunos problemas en su casa, y puede que eso le tenga más irritable, especialmente con las mujeres.

Ella dice que le consta que Andrés me valora mucho... Yo le dije que vale, pero que eso no le da derecho a tratarme como un trapo. "Por supuesto", me contestó ella, "pero eso no quita que tú le puedas perdonar". "¿Perdonar?", dije yo, "para empezar, tendría que pedirme

perdón. Y no sé si quiero perdonarle, ya se ha pasado bastante”. “¿Te acuerdas de lo que le dijo Jesús a Pedro aquella vez que se peleó por enésima vez con Andrés, precisamente? ¿Lo de perdonar setenta veces siete?”. Nos echamos a reír acordándonos de la cara que se le quedó a Pedro con aquella respuesta de Jesús. Él iba muy ufano convencido de que Jesús le iba a dar la razón y a decirle que todo tenía un límite, que había que perdonar pero que también había que decir “hasta aquí”, y Jesús le salió con eso de perdonar setenta veces siete, o sea, infinito.

Con la risa se me fue yendo el enojo y me fui dando cuenta de que, efectivamente, yo estaba como Pedro: situada en una atalaya justiciera esperando que Andrés se humillara ante mí, y que así terminaba siendo yo la que me portaba como una idiota, por mucha razón que tuviera en la discusión.

Volvíamos con el grupo, que estaba en torno a Jesús que hablaba con la gente. Andrés me miró inseguro desde lejos, le miré y me acerqué a él. “¿Hablamos?” Nos separamos un poco. “Cómo te has puesto, ¿no?”, dijo él. “Me dolió mucho, Andrés. Si ni siquiera tú, que eres mi amigo, que también estás con Jesús, me apoyas, me siento fatal”. “No quería decir que no te apoyaba”...

Conversamos un rato largo. Reconoció que no sabe bien cómo situarse con las mujeres en el grupo. También está teniendo algunos problemas. Seguramente no entendemos las cosas de la misma manera, pero, hablando, pudimos acercarnos y entender el punto de vista del otro.

Por la noche, cuando volvía para casa, iba pensando en lo importantes que se han vuelto para mí todas las personas del grupo. Me acordé de una escena que me han contado que sucedió con Jesús y que me había sorprendido. Su madre y algunos familiares se habían acercado a verle desde Nazaret. Algunos comentan que los familiares venían con intención de llevárselo, porque les parecía un escándalo para la familia lo que Jesús estaba haciendo, pero no estoy segura de si era así.

La cosa es que Jesús estaba con un montón de gente y su madre y sus hermanos no se podían acercar. Así que le mandaron aviso: “Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. Deja a esa gente y sal”. Dicen que Jesús oyó el aviso y miró a toda la gente que tenía alrededor, pensativo. Luego miró al que le había dado el aviso y dijo en voz alta. “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Mi madre y mis hermanos son todos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”.

Yo conozco a María, la madre de Jesús, y sé cuánto la quiere Jesús, así que, cuando me contaron esta escena, no la entendí muy bien. Pero hoy, volviendo de Cafarnaúm, pensando en lo importantes que se han vuelto para mí todos los del grupo de Jesús, me he acordado de ella y me ha parecido entenderlo mejor. Normalmente nos dicen que debemos “querer más” a los de nuestra sangre, a nuestra familia. Que los demás son siempre extraños.

Sin embargo, yo siento unos lazos tan profundos como los de la sangre con todos aquellos con los que voy compartiendo este sueño del Reino. Y es que tal vez nos estamos convirtiendo en familia. Tal vez nos damos cuenta de que somos familia. Porque, en realidad, si, como Jesús insiste y yo voy experimentando también, Dios es nuestro Padre, realmente todos somos hermanos. Y tal vez amar a Dios consista, precisamente, en aprender a tratarnos como hermanos y hermanas, aprender a querernos, unos a otros, como nos ama Dios.

Me gusta esto de pensar que formo parte de la familia de Dios. Me gusta aprender a amar. Gracias, Padre bueno, por el regalo de Andrés, de Juan, de Susana, de María, de Pedro, de Santiago, de Natanael, de los demás; gracias, sobre todo, por Jesús...

Gracias por enseñarme a amar y por regalarme una familia mayor.

Judit